

La crisis del nacionalismo en México *

ROGER BARTRA

LA FUNCIÓN DEL MITO Y EL MITO DE LA FUNCIÓN

Una de las ideas más extendidas en las ciencias sociales es la que explica al nacionalismo como un instrumento para resolver los conflictos sociales y como un medio de dominación. El hecho evidente de que el nacionalismo, en incontables ocasiones, cumple una *función* legitimadora de los sistemas políticos modernos, le agrega un aura de certidumbre a esta idea. Y sin embargo es necesario introducir la duda: ¿por qué una vinculación funcional debe revelar una explicación instrumental? La duda es pertinente si queremos comprender la naturaleza profunda de los mecanismos de dominación y de legitimidad que sustentan al Estado moderno. El nacionalismo mexicano, que ilumina las estructuras de poder que se consolidan paulatinamente después de la revolución de 1910, parece ser un buen ejemplo para ilustrar el mito: una gran parte de los “especialistas” en el tema llegan a la conclusión de que el nacionalismo mexicano es “un medio de resolver el conflicto entre grupos”, un “utilísimo dispositivo de control social”,¹ un proyecto del Estado revolucionario para integrar los intereses de todas las clases al desarrollo capitalista.² Pareciera que nos enfrentamos a un problema de técnica política, en donde se trataría de encontrar las fórmulas para crear lo que se ha llamado una “cultura cívica”, es decir, una forma de participación en la que se logra una congruencia entre la cultura política y la estructura política.³

* Ensayo escrito en *La Jolla* entre septiembre de 1987 y febrero de 1988, como investigador visitante del Center for U. S.-Mexican Studies, University of California, San Diego. Agradezco mucho el apoyo que allí me prestaron Wayne Cornelius y Peter H. Smith.

¹ F. C. Turner, *La dinámica del nacionalismo mexicano*, Grijalbo, México, 1971, pp. 20-21; otra perspectiva puede leerse en Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism, 1916-1932*, University of Chicago Press, 1972.

² Carlos Monsiváis, “1968-1978: notas sobre cultura y sociedad en México” *Cuadernos políticos*, 17, 1978.

³ G. A. Almond y S. Verba, *The Civic Culture*, Little, Brown & Co., Boston, 1965.

Efectivamente, el nacionalismo mexicano que se consolida después de la revolución cumple una importantísima función reguladora del consenso en que se basa el Estado. Es imposible comprender la estable sucesión de gobiernos postrevolucionarios sin acudir al estudio del nacionalismo revolucionario. El nacionalismo realiza, en este sentido, una función ideológica muy importante, en la medida en que se consolida como una tendencia política que establece una relación estructural entre la naturaleza de la cultura y las peculiaridades del sistema político. Sin embargo, el mero análisis de esta función ideológica fácilmente puede llevarnos a ver las relaciones entre la cultura y la política en forma unilateral y, en última instancia, instrumental. El nacionalismo —como otros conglomerados de ideas— sería simplemente un puente mediador entre la sociedad y la política, entre la cultura y las instituciones de coerción. El problema es de gran complejidad, pues el mito nacionalista se inserta en la sociedad mexicana en forma paradójica. El nacionalismo sin duda ha contribuido a la legitimación del sistema político, pero se estableció como una forma mítica poco coherente con el desarrollo del capitalismo occidental típico del siglo xx. En otras palabras: el mito es eficiente para legitimar el poder priísta, pero ineficiente para legitimar la racionalidad del desarrollo industrial. Por supuesto que, si se quiere expresarlo de esta manera, el mito correspondía a las peculiaridades de un capitalismo atrasado, corrupto y dependiente. Hoy en día, el mito nacionalista revolucionario estaría convirtiéndose en un elemento disfuncional; pero es preciso señalar que esta “disfuncionalidad” proviene también, en gran medida, de su origen “popular” y “anticapitalista”: el mito nacionalista alberga una buena dosis de amargura, de protestas, de revuelta, de resistencia. Nos enfrentamos a una confusa situación en la que coexisten, digámoslo así, relaciones funcionales, expresión de intereses de clase y desfases que revelan una coyuntura disfuncional.

Me ha parecido importante proponer un camino alternativo para evadir las trampas de una interpretación instrumental y estrechamente funcionalista del fenómeno nacionalista.⁴ Creo que el fenómeno nacionalista sólo puede entenderse cabalmente si observamos su dimensión cultural. Con ello quiero decir que los procesos mediante los cuales se logra el consenso y la legitimidad no son, en lo fundamental, de naturaleza ideológica, y que —aún cuando lo que se observa es un ir y venir de ideas— la forma en que se entretajan en una red mediadora está normada por cánones culturales. Me parece que la perspectiva que nos ofrece el estudio de la *cultura* política permite una visión más precisa de la manera en que se establecen los nexos entre los intereses de las clases dominantes y el nacionalismo.⁵

⁴ *La jaula de la melancolía*, Grijalbo México, 1987.

⁵ Véase el estudio de E. Montalvo, *El nacionalismo contra la nación*, Grijalbo, México, 1985.

En este sentido, aunque el nacionalismo ofrece soluciones políticas concretas en momentos históricos precisos, es necesario observarlo como una tendencia de larga duración, como diría Braudel, en la que se van tejiendo mitos, leyendas, costumbres, ideas, imágenes y símbolos de acuerdo con ritmos no sujetos completamente el vaivén de las luchas políticas y sociales. Sin embargo, las tendencias de larga duración —con sólidas y profundas raíces culturales— también pasan por períodos de transformación crítica. En estas páginas me propongo explorar esta posibilidad: ¿hasta qué punto el nacionalismo ha llegado a ciertas fronteras, más allá de las cuales se abre un vacío? ¿Ha alcanzado el nacionalismo mexicano un nivel crítico que provoca un malestar profundo en la sociedad?

Para poder siquiera formular estas preguntas es necesario, ante todo, quitarse de la cabeza la idea de que la nación no puede existir sin nacionalismo. Aunque estrechamente relacionadas, se trata de realidades que operan en planos diferentes: una cosa es la territorialización del poder político que se concreta en el Estado-nación, y otra cosa distinta es la forma —y no es la única— en que se legitima la constitución de un espacio nacional. Es cierto que el nacionalismo suele acompañar la creación del Estado moderno; la subsecuente modernización, como suele llamarse a la expansión del capitalismo industrial urbano altamente tecnificado, es un proceso que incluye la expansión de corrientes nacionalistas. Esta estrecha relación entre modernización y nacionalismo será, en el curso de este ensayo, uno de los hilos conductores, pues me guía la idea de que la cultura nacional mexicana se acerca a lo que se ha denominado una condición postmoderna o postcultural.⁶ Me parece oportuno anunciar de entrada mis intenciones, para escapar de otra de las trampas en las que suelen quedar atrapados muchos observadores de la política contemporánea. Se suele ceder a la tentación de asociar el nacionalismo a las condiciones de atraso y subdesarrollo. Los estudiosos estadounidenses que, por razones de obvio interés geopolítico, se han interesado enormemente en el nacionalismo mexicano, con frecuencia dejan la impresión de que México se caracteriza por ser un país dominado por poderosas pasiones nacionales, en contraste con los Estados Unidos, condicionados por una fría cultura materialista que gira en torno al mundo de los intereses. Estas apreciaciones han contribuido a fortalecer la falsa idea de que el nacionalismo es una pasión consustancial del pueblo mexicano; además, han contribuido a ocultar un hecho que no debe escapar a nuestro análisis: los Estados Unidos son hoy, y lo han sido desde hace decenios, uno de los territorios más fértiles para el crecimiento del nacionalismo; en realidad este país cobija un nacionalismo mucho más profundo y agresivo que el mexicano. Es imposible explicar el nacionalismo en México sin comprender su contraparte en los Estados Unidos, en donde con toda claridad la

⁶ J. F. Lyotard. *The Postmodern Condition*, University of Minnesota Press, 1984; George Steiner. *In Bluebeard's Castle*, Yale University Press, 1971.

exaltación de los valores nacionales se encuentra íntimamente asociada a la llamada modernización.⁷

En el curso de este ensayo me propongo realizar una crítica de la cultura nacional (y, por supuesto, del nacionalismo). En México ha sido frecuente hacer una crítica desde la perspectiva nacionalista decimonónica. Es decir: desde la perspectiva de la modernidad; es preciso, se dice, modernizar la cultura mexicana para adaptarla a los requerimientos de la sociedad de masas y de la industrialización. Este planteamiento llega rápidamente a una disyuntiva: recrear la cultura nacional de acuerdo con lo que se supone es la "verdadera" cultura popular o aceptar la invasión transnacionalizadora de la nueva cultura de masas. Pero esta alternativa se revela rápidamente como falsa: ella es parte del discurso nacionalista que para legitimarse requiere del establecimiento de opciones polares y opuestas. Esta alternativa es falsa porque la actual cultura nacional es precisamente la amalgama de estas dos opciones, que de esta manera se revelan como complementarias. Con esto quiero decir que la *modernización de la cultura nacional ya ocurrió*, y que el nacionalismo mexicano no es un resabio arcaico y premoderno que sea necesario refuncionalizar o destruir para dar paso a la cultura moderna. No en balde la cultura dominante ha bautizado su discurso oficial con el nombre de *nacionalismo revolucionario*: la idea más moderna de todas —la revolución— es parte esencial del discurso nacionalista mexicano. Lo que es necesario criticar, a mi juicio, es precisamente la modernidad de la cultura nacional. Es su modernidad la que nos oprime, pues de ella ha emanado el nacionalismo autoritario que caracteriza al sistema político mexicano. La disyuntiva actual no es, por lo tanto, la que distingue las propuestas populistas de las opciones transnacionales: basta encender la televisión para percatarnos de que la cultura hegemónica ha logrado desde hace mucho tiempo superar esta contradicción, al imponernos una cultura simultáneamente patriótica y alineada a la cultura transnacional de masas (generada en gran medida en los Estados Unidos). Al plantear los problemas desde la perspectiva de la postmodernidad, estoy sugiriendo que las líneas de fuego han cambiado de posición y que las contradicciones se han desplazado a nuevos territorios. Va perdiendo sentido la crítica de la cultura nacional en nombre de la modernidad, de una modernidad de inspiración liberal que agita vanamente las banderas del "progreso". Es necesario reconocer que la modernidad mexicana es un cúmulo de frustraciones y fracasos; es una modernidad que, después de más de medio siglo de nacionalismo revolucionario, nos ha dejado un país en donde la miseria, el analfabetismo, la represión y la corrupción son todavía un grave problema nacional.

⁷ Hans Kohn, *American Nationalism*. Macmillan. Nueva York. 1957; R. W. Van Alstyne, *Genesis of American Nationalism*, Braidell, Waltham, 1970; J. J. Pullen, *Patriotism in America*, American Heritage, Nueva York, 1971.

CRISIS, MODERNIZACIÓN, TECNOCRACIA

Ante los terribles embates de la crisis económica que estalló en 1982 y los síntomas de una crisis política latente, los dirigentes del sistema —especialmente los tecnócratas— han propuesto una “nueva política” que se puede resumir en una sola palabra: modernización. Se sugiere que es necesario realizar algunos cambios en el sistema político para ponerlo a tono con los nuevos vientos que soplan por el mundo. Se trata de un reconocimiento implícito de que las estructuras de poder están rezagadas con respecto a las exigencias de la sociedad moderna; en consecuencia, se dice, es preciso modernizarlas para que los aparatos de Estado vuelvan a su tradicional eficiencia y funcionalidad. El origen tecnocrático de la política de modernización es evidente, aunque sólo sea por el mensaje implícito: el sistema ya no es tan eficiente, debido a su relación de relativa disfuncionalidad con respecto a la sociedad civil. La modernización es, en realidad, una propuesta de refuncionalización.⁸

Por otro lado, los nuevos aires que agitan a la sociedad civil mexicana también se pueden resumir en una sola palabra: democratización. Cada día crecen las fuerzas sociales que sienten un gran apetito por el ejercicio de formas democráticas de poder político. Lo importante es que esta democratización de la cultura cívica ocurre en sectores sociales muy diversos, e incluso antagonicos: hoy podemos ver que el ideal democrático recorre todo el abanico político, de la extrema derecha a la extrema izquierda. Incluso el partido oficial resiente fuertes tensiones y ha sufrido una escisión importante: su corriente “democratizadora” se ha separado para apoyar la candidatura presidencial independiente de Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones de 1988.

Los conflictos políticos están emergiendo debido a la confluencia de dos problemas: el primero es la creciente dificultad que manifiesta la élite política para mantener la cohesión del aparato de gobierno en los momentos de transición electoral. El segundo problema es la también creciente dificultad del grupo gobernante no digamos para salir de la crisis económica, sino siquiera para administrarla con un mínimo de eficiencia. La crisis política de 1982 —que provocó la espectacular nacionalización de la banca— reveló descarnadamente el avanzado estado de disolución de los lazos de cohesión (o de “concertación”, para usar la palabra preferida de los tecnócratas) que unen al grupo gobernante. El aspecto más visible de la crisis es la demanda generalizada de una democracia representativa; el hecho trágico de que la extensión de la “democracia social” (la eliminación de los banqueros privados) haya transcurrido en una forma tan des-

⁸ Al respecto, véanse las sugerentes y acertadas reflexiones de Francisco Valdés, “El poder y el laberinto”, en *Casa del Tiempo*, 5:53, junio, 1985.

pótica, es un síntoma más que demuestra la incapacidad del gobierno para armonizar la democracia social con la democracia política. La crisis de 1982 abre una época que se caracteriza por la rápida extensión de un nuevo fenómeno: la necesidad de una salida democrática aparece en todos los estratos de la sociedad política y en sectores cada vez más amplios de la sociedad civil. La precariedad de los mecanismos democráticos se ha convertido en un obstáculo para diversas corrientes y tendencias que operan dentro del gobierno; la forma priísta de gobierno autoritario ya no es operativa ni eficiente para reproducir las funciones mediadoras y legitimadoras del Estado.

Pero los conflictos son también vistos y vividos desde otra perspectiva, que es la preponderante. La esclerosis de los canales mediadores que comunican al Estado con la sociedad es enfrentada desde una perspectiva tecnocrática: si las formas priístas tradicionales no son eficientes, es preciso "modernizarlas", es decir, encontrar una nueva técnica de gobierno que permita desbloquear los procesos de control y limpiar el escenario político de los desechos de un pasado inservible. La técnica moderna hace más énfasis en la administración, en la eficiencia y en las medidas económicas que en la factura de pactos políticos, la manipulación de dirigentes y el reparto de áreas de influencia.⁹

Las tensiones críticas que caracterizan hoy en día al Estado mexicano se expresan, a nivel de la cultura política, en la aparente contradicción entre "modernización" y "democratización". Esta situación ha logrado desarrollarse debido a los importantes cambios que ha sufrido la élite política en los últimos diez años, y que aquí sólo esbozaré rápidamente. El grupo gobernante, tal como se desarrolla desde los años postcardenistas, estaba esencialmente formado por la peculiar confluencia de los intereses de las clases económicamente dominantes y de la burocracia que ocupa el poder en nombre de las masas de campesinos, obreros y empleados. De manera más precisa, la cúpula política estaba compuesta por tres grupos: la tecnocracia, los "nuevos" empresarios y los banqueros. Se trataba de tres grupos políticos que ejercían, en cierta forma, la representación del conjunto abigarrado y complejo de intereses coaligados en torno al "gobierno de la revolución". Los tecnócratas formaban el grupo que encabezaba y representaba a las otras instancias de la burocracia (sindical, agraria, "popular", etcétera). Los nuevos empresarios "nacionalistas" (especialmente la burguesía del centro de México surgida gracias al proteccionismo) se asignaron el papel de dirigentes de todo el empresariado (gracias a sus sólidos canales de presión y expresión en los gobiernos del DF y del estado de México, en la Secretaría de Industria y Comercio, etcétera). Y los banqueros, por último, que se habían colocado en una poderosa y peli-

⁹ Cf. mis análisis del origen de la crisis política en: *Campesinado y poder político en México*, Era, México, 1982, y en *La democracia ausente*, Grijalbo, México, 1986.

grosa posición de equilibrio entre el empresariado derechista del norte (el grupo Monterrey" *et al.*) y la burocracia política.¹⁰

Sin embargo, en 1982 se hizo evidente que habían aparecido nuevos factores, junto con la crisis económica:

1. El ahondamiento de la división entre los tecnócratas y el resto de la burocracia política (el manejo de la renta petrolera tuvo mucho que ver en esto, así como el mal manejo de las respuestas gubernamentales a la crisis económica).

2. Las divergencias políticas entre los sectores "nacionalistas" y los "derechistas" del empresariado se habían atenuado (gracias, principalmente, al abandono de posiciones populistas por parte de los cada vez menos "nuevos" empresarios).

3. La eliminación de los banqueros privados como grupo (en 1982), y la consiguiente desconfianza generalizada del empresariado con respecto a la burocracia política.

4. El debilitamiento del sector agrario del PRI y de la red de caciques tradicionales en la provincia, acompañado de un fortalecimiento de burguesías y clases medias regionales.

5. El fortalecimiento relativo de la burocracia sindical, acompañado de un incremento de las fracturas que separan a los diversos grupos y corrientes que se disputan el poder.

Debido a estos factores (y a muchos otros que no menciono por falta de espacio), desde 1982 se produce un extraordinario fortalecimiento político de los tecnócratas; pero al mismo tiempo se genera un cierto vacío en torno al nuevo núcleo de poder, ya que los antiguos pactos que ligaban a las diversas fracciones políticas se han desgastado o, incluso, han dejado de ser respetados. De esta manera, el núcleo tecnocrático hegemónico ha tenido que proponer una restauración del conjunto de pactos; sin embargo, es evidente que los grupos de presión, más que una restauración, desean la reformulación del conjunto de alianzas. Así muchos empresarios desconfían de una restauración de la vieja alianza con el gobierno: quieren cambios sustanciales, y algunos incluso han apostado a una alternativa ajena al sistema. Paradójicamente, la burocracia sindical es, tal vez, la fracción que aloja más elementos conservadores, lo cual se expresa en su deseo de renegociar sobre bases tradicionales y en su desconfianza de todo cambio democratizador en la estructura del sistema; pero tolera mal la política tecnocrática de austeridad que tanto ha deteriorado el nivel de vida de los trabajadores.

Para completar el panorama de crisis, es preciso subrayar que dos grandes poderes —uno material, espiritual el otro— también han iniciado un decisivo viraje en su relación con el Estado mexicano: el gobierno de los Estados Unidos y la Iglesia católica. La administración de Reagan ha

¹⁰ Cf. un desarrollo de estos temas en A. Saldívar, *Ideología y política del Estado mexicano (1970-1976)*, Siglo XXI ed., México, 1980.

manifestado una cierta desconfianza en la estabilidad del sistema mexicano (con lo cual ha contribuido a su inestabilidad) y la alta jerarquía eclesiástica comienza a cansarse de las viejas reglas del juego establecidas desde 1940, que la mantienen marginada de la política. En suma, tenemos una burguesía menos bonapartista, una clase media más arisca, un movimiento obrero quebradizo, un gobierno estadounidense menos complaciente y una iglesia menos cesarista. Todo ello se refleja en las recientes tendencias electorales, en las que se observa un fortalecimiento de la oposición (sobre todo de la derecha).

Este es, *grosso modo*, el contexto en el que la tecnocracia mexicana le propone al país un proyecto de modernización. Es decir, un proyecto de alianzas y pactos que logre restaurar los desperfectos sufridos por el aparato político, para evitar el previsible naufragio y para enfrenar los vientos tormentosos que no amainan. Es un proyecto modernizador encaminado a evitar o, al menos, manipular la democratización que se cierne como una amenaza sobre los inmensos privilegios acumulados por la burocracia política hegemónica.¹¹

La complejidad de tensiones ocasiona que, desde diversos frentes, se convoque el nacionalismo, símbolo del conjunto abigarrado de pactos que la mantenido a flote al gobierno de la Revolución mexicana durante cerca de medio siglo. En este punto vale la pena detenernos para preguntar: ¿la cultura política nacionalista es hoy capaz de cumplir la función legitimadora que la crisis del sistema parece reclamar? Una parte de la burocracia política se da cuenta de la complejidad y de las enormes dificultades que surgen al tratar de refuncionalizar al nacionalismo mexicano en las condiciones críticas que vive el país. Se da cuenta de que el nacionalismo mexicano contiene una serie de ingredientes que han dejado de ser aceptables para grandes y significativos sectores de la población; y que ve en el nacionalismo la marca de una época que es necesario superar. El nacionalismo revolucionario choca tanto con la llamada modernización como con la democracia representativa; sus presupuestos fundamentales no se adaptan bien a la indispensable competitividad que sería introducida por un sistema electoral imparcial y limpio, así como por los criterios de eficiencia en la toma de decisiones políticas y en el manejo de las finanzas públicas. El nacionalismo está tan íntimamente asociado a un corrupto sistema autoritario de partido oficial dominante, que es difícil ocultar las contradicciones entre las vías para salir de la crisis y la vieja cultura política hegemónica. Salvar estas contradicciones e incongruencias, modernizando al nacionalismo, es el reto que enfrenta la burocracia dominante. Procurar examinar primeramente este problema, sin olvidar que hay fuertes indicios de que un restablecimiento de la relación funcional entre

¹¹ Cf. una buena visión sintética de la transición mexicana en Peter H. Smith. México, *Neighbor in Transition*, Foreign Policy Association Headline Series núm. 267, Nueva York, 1984.

nacionalismo y sistema político ya no logrará restaurar el autoritarismo priísta. Sospecho, además, que el nacionalismo no sólo ya no es parte de la solución, sino que ahora es parte del problema.

LAS IRONÍAS DE LA EFICIENCIA

La década de los años ochenta ha significado para México el período de encumbramiento de la tecnocracia política. Este hecho ha sido señalado por muchos observadores de la política mexicana, pero poco se han examinado sus consecuencias en el campo de la cultura política, no obstante que pareciera muy evidente el antagonismo entre el discurso nacionalista tradicional y el estilo tecnocrático de gobierno. Veamos un poco más de cerca el problema.

El nacionalismo revolucionario se define, mínimamente, por cuatro grandes series de actitudes y de postulados:

1. Una desconfianza hacia las grandes potencias (especialmente los Estados Unidos), acompañada de dosis variables de xenofobia y de anti-imperialismo.

2. Una afirmación de las nacionalizaciones como forma de limitación de la propiedad de la tierra, del control de los recursos naturales y de la concentración de capital (lo que se concreta, por ejemplo, en el sistema ejidal, en el control estatal del petróleo y en las limitaciones legales a la inversión de capital extranjero).

3. Un amplio Estado fuerte interventor, cuya fuerza excepcional es legitimada por su origen revolucionario y por su amplia base de masas (la "revolución institucionalizada").

4. Una supervaloración de la identidad mexicana como fuente inagotable de energía política.

Desde luego que la tecnocracia política, en el discurso, no ha renunciado a los postulados del nacionalismo revolucionario. Pero si descorremos las cortinas de la demagogia y nos asomamos para observar *lo que hace* la tecnocracia, es fácil advertir que el nacionalismo revolucionario ya no es su fuente de inspiración. La tecnocracia no sólo no desconfía del gobierno de los Estados Unidos, sino que se ha convertido en colaboradora activa de la llamada "reaganomics"; efectivamente, la política económica oficial mexicana —en sus desvaríos como en su tecnocratismo— no puede ser entendida sin conocer las recientes tendencias de la escuela de Chicago o de Harvard. En la tecnocracia mexicana sólo quedan restos de la vieja xenofobia: nada horroriza más a un funcionario mexicano de nuevo cuño que la actitud antiimperialista, que ahora es vista como un arma antigua que debe encerrarse en las vitrinas del museo de la revolución. Las contradicciones que periódicamente enfrentan al gobierno de los Estados Unidos con el de México son cada vez más obviamente manejadas dentro de

la lógica de un conglomerado de intereses que gira en torno de la economía de los Estados Unidos, y que se revela como un acercamiento pragmático a una especie de mercado común de América del Norte, con ramificaciones asiáticas.

Es obvio también que la tecnocracia, con la esperanza de salir de la crisis, está empeñada en “racionalizar” los límites que el sistema le impone a la propiedad de la tierra, al control de los recursos naturales y a la concentración y circulación de capitales. Debido a ello, la tecnocracia ha procurado (con éxito desigual) desalojar la política nacionalista tradicional de tres sectores clave de la economía: la agricultura, la extracción petrolera y la inversión extranjera. Este proceso ha intentado asaltar tres grandes bastiones del nacionalismo revolucionario: el agrarismo, el populismo sindical y el proteccionismo, para imponer una perspectiva “moderna” a la política económica.

Esta confrontación ha erosionado seriamente la base popular del régimen priísta, y ha producido serias fracturas y dislocaciones en la unidad de la “familia revolucionaria”. La “política moderna”, sin embargo, no ha logrado sacar a México de la aguda crisis económica. Los asaltos contra el agrarismo, el populismo sindical y el proteccionismo son algo más que una agresión ideológica; forman parte de una tendencia general que ha erosionado el sostén de masas del Estado y que ha ido deteriorando los “mexicanísimos” mecanismos del caciquismo agrarista, del charrismo sindical y de la corrupción proteccionista. Aunque es evidente que el agrarismo no se puede reducir al cacique, el sindicato al dirigente charro, ni el proteccionismo al soborno o al favoritismo, no cabe duda de que sin estas odiosas peculiaridades “nacionales” el sistema político mexicano no es capaz de funcionar adecuadamente. La paradoja trágica del sistema radica en que los mecanismos que lo reproducen tienen un doble y ambiguo carácter: al mismo tiempo que garantizar el apoyo popular, son fuentes generadoras de represión, violencia, corrupción y fraude. Parece muy difícil —si no es que imposible— corregir estas últimas “deficiencias” sin afectar los vasos comunicantes que conectan al gobierno con las organizaciones de masas que lo apoyan.

¿Cómo es posible defender la superioridad del sistema, por ser mexicano, en una época en la que *todos* los intentos oficiales por escapar de la crisis han sido vanos? Haber ligado estrechamente la suerte del gobierno al “ser del mexicano” fue un elemento de estabilidad mientras el sistema vivía una larga etapa de ascenso; ahora, en período de crisis, se ha convertido en una piedra atada al cuello de la ideología oficial y en un factor de confusión y de dispersión políticas.

Las intenciones de modernizar al sistema político mexicano han puesto la idea de *eficiencia* en el centro de la problemática. Surge la inevitable pregunta: ¿son compatibles la eficiencia y el sistema político? La eficiencia se suele medir —permítaseme usar la terminología inglesa— en términos

de la relación *input/output*, fórmula que puede sufrir una serie de complicadas transfiguraciones tecnocráticas y adoptar la forma de complejos modelos matemáticos. Todo ello no logra ocultar completamente el hecho de que los criterios de eficiencia implican decisiones políticas cualitativas sobre el carácter y la naturaleza tanto de los *inputs* como de los *outputs*, y sobre la forma de traducirlos a las expresiones matemáticas adecuadas y a las ecuaciones que un determinado modelo requiere. Sin embargo, la esencia del pensamiento tecnocrático radica en la forma peculiar en que el razonamiento eficientista oculta la realidad política. Veamos un curioso pero revelador ejemplo.

El candidato del PRI a la presidencia de la república, Carlos Salinas de Gortari, realizó hace algunos años una investigación en Puebla con el objeto de evaluar la relación entre la inversión pública en programas de desarrollo rural (*input*) y el apoyo de la población al gobierno (*output*). Una encuesta le permitió llegar a conclusiones ciertamente reveladoras: "Estos resultados parecen indicar que el gasto público no parece provocar intensos sentimientos de apoyo al sistema entre los habitantes más beneficiados por él; irónicamente, el sistema parece más eficiente en obtener el apoyo de aquellas comunidades que beneficia menos".¹² La ironía trágica radica en que una de las fórmulas tradicionales con que se organiza la alquimia del sistema político parece no ser eficiente. Como dice el autor de este estudio —y futuro presidente de México!—: "El gasto público no compra el apoyo político esperado por el Estado" (*id*: 41). Cualquiera que conozca el funcionamiento del sistema mexicano puede sospechar lo que se oculta detrás de este tipo de ironías: el gasto público no suele beneficiar a la población en general, sino sólo a un pequeño sector de ella, y beneficia especialmente a los intermediarios políticos cuyo apoyo es indispensable para la sobrevivencia del sistema. El gobierno mexicano no recibe un apoyo directo de la masa: son los "representantes naturales" del pueblo —los intermediarios— quienes configuran y organizan a la "base popular" del sistema.

Ahora bien, imaginemos que el gobierno usa la fórmula más eficiente —de acuerdo con las correlaciones descubiertas por Salinas de Gortari— y reduce el gasto público con el objeto de incrementar el apoyo popular al sistema (y de paso satisfacer al FMI). Una parte considerable de la población agradecería al sistema que dejase de alimentar a los caciques, charros y funcionarios corruptos. Pero estos intermediarios comenzarían a inquietarse v, tarde o temprano, dejarían de apoyar al sistema (algunos, incluso, podrían desaparecer). El sistema, en este caso, sufriría una pérdida de legitimidad al perder los vínculos intermediarios con esa hipotética población agradecida por la disminución del gasto público. El sistema,

¹² C. Salinas de Gortari, *Political Participation, Public Investment, and Support for the System*, Research Report Series 35, La Jolla, Center for U. S.-Studies, 1982, p. 37.

al erosionar la legitimidad tradicional, tendría que buscar el consenso en la susodicha población agradecida y apoyadora mediante los procesos formales de la democracia electoral. Podemos preguntarnos: ¿se aventurarán los tecnócratas, en una eventualidad semejante, a arriesgar su poder en unas elecciones limpias, confiados en la existencia de una mayoría priísta en la sociedad?

En este modelo imaginario podemos reconocer, sin embargo, los elementos principales de las dificultades por las que atraviesa la élite política. El estilo tecnocrático tiende a la exclusión de los mecanismos tradicionales de corrupción, manipulación y fraude, pues se supone que el equipo dirigente posee el *know how* necesario para modificar las variables del sistema de acuerdo con un modelo político que debe operar con eficiencia sobre la base de ecuaciones generadas por los especialistas. Aquí no tienen lugar el olfato o la intuición de los dirigentes políticos cuya destreza se supone que proviene de su mexicanidad, de su profunda compenetración con el alma nacional. En este sentido, el eficientismo tecnocrático choca abiertamente con el nacionalismo revolucionario: se trata de dos culturas políticas completamente diferentes.

LA FRANJA MARIÓTICA

El nacionalismo revolucionario se enfrenta también a otras amenazas. Una de ellas se encuentra en la fuerza creciente de los sistemas regionales de poder. En esto podemos observar otro de los efectos de la llamada modernización, que no sólo ha incrementado las ansias de eficiencia en el seno de la burocracia política, sino que ha impulsado el desarrollo económico y político de varios centros regionales de poder.

Como el nacionalismo va de la mano del centralismo, es evidente que todo cambio en la correlación de fuerzas que aumente el poder de la provincia afecta los principios mismos en que se apuntala el nacionalismo. La nueva situación es también una amenaza directa a la enorme franja del fraude electoral, y cuya existencia garantiza los altísimos porcentajes que en la votación le son asignados al partido oficial. Esta franja del fraude está formada por extensas áreas rurales que son controladas por pequeños y medianos centros de poder regional; se trata de lugares en los que la oposición se encuentra totalmente excluida y donde nadie ejerce la menor vigilancia sobre los procesos electorales.

Así pues, los cambios en la relación entre el centro y la provincia no sólo afectan las formas tradicionales de la cultura política, sino que contribuyen a las crisis coyunturales que sufren las formas priístas de gobierno en diversos lugares. Aunque no es la única, la situación política de Chihuahua es tal vez la más espectacular y la que evidencia mejor que se

está acercando una nueva época en la que la operación del sistema autoritario se ve obstaculizada.¹³

Quiero señalar tres factores que han contribuido a esta nueva situación. En primer lugar, los últimos veinte años han presenciado un lento pero inexorable proceso de debilitamiento de las formas tradicionales de poder rural, que se consolidaron desde la época de Calles y —sobre todo— de Cárdenas. Estas estructuras de mediación —en las cuales el caciquismo es una pieza clave— se consolidaron como un fuerte tejido político que cosió en una misma red las instituciones de la reforma agraria, los dirigentes agrarios convertidos en caciques, las organizaciones campesinas y las comunidades agrarias. Sobre este tema he escrito extensamente,¹⁴ para mostrar la forma en que los procesos de mediación política en el campo han ido cambiando, al punto de que la estructura de poder oficial se encuentra enormemente debilitada en algunas zonas rurales; y en muchas otras el sistema de poder se encuentra en manos de una nueva clase política de funcionarios y técnicos, que ha sustituido a los viejos caciques.

Este último fenómeno me lleva al segundo factor que está cambiando el panorama político en la provincia: la creación de nuevos poderes regionales, o la expansión de algunos de los poderes ya existentes bajo la forma de conglomerados económico-técnico-administrativos ligados a la extracción de petróleo, los distritos de riego más prósperos, la industria maquiladora, las grandes centrales generadoras de energía eléctrica, las grandes empresas (siderúrgicas, petroquímicas, etcétera), los centros de turismo, etcétera.

Estos procesos han generado la expansión de densas burocracia y tecnocracia regionales, que invaden los poros de la tranquila vida rural. Tal vez el caso más dramático es el de la producción de petróleo, cuya ampliación ha cambiado para siempre las condiciones de vida en varias zonas de la costa del Golfo; junto con el petróleo llegaron carreteras, oleoductos ingenieros, corrupción sindical, contaminación y nubes de comerciantes. En forma menos espectacular, en otros puntos de la provincia han ocurrido procesos similares.

Todo esto transcurre en el marco del tercer factor que quiero señalar: el extraordinario fortalecimiento —sobre todo durante fines de los años sesenta y principios de los setenta— de la burguesía provinciana, no sólo y ni siquiera principalmente la de Monterrey, sino la de una multitud de ciudades pequeñas y medianas ligadas a los conglomerados económico-técnico-administrativos a los que me he referido. La bonanza económica previa a la crisis que estalla en 1982 contribuyó a la reproducción rápida de la clase empresarial en todo el país, y de las clases medias que suelen gravitar en torno a ella.

¹³ Véase el excelente ensayo de Alberto Aziz, "Chihuahua y los límites de la democracia electoral", *Revista Mexicana de Sociología*, XLIX: 4, octubre-diciembre, 1987.

¹⁴ *Estructura agraria y clases sociales en México*, Era, México, 1974; *Campesinado y poder político en México*, Era, México, 1982.

Estos tres factores —junto con algunos otros que no menciono— han contribuido a fortalecer los sistemas regionales de poder, dando lugar a efectos paradójicos muy interesantes. Uno de ellos es lo que Luis González llama el matriotismo, cuyas resonancias me propongo comentar aquí.¹⁵ Es comprensible que el fortalecimiento de sistemas regionales de poder haya provocado que los grupos sociales emergentes en la provincia vuelvan sus ojos al contorno que los rodea, en busca de un cierto aliento para enfrentarse al autoritarismo que emana de los poderes centrales. ¿Y qué es lo que observan a su alrededor? Allí están las centenas de matrias: “una mitad de los mexicanos se insertan —dice Luis González— en minisociedades pueblerinas, municipios, terruños, tierrucas, parroquias, patrias chicas o matrias” (p. 52). Se trata de dos mil municipios de dimensiones rústicas y semirrústicas, donde la gente basa su vida en torno de las labores agrícolas, ganaderas y artesanales, donde con frecuencia existe o ha existido un cacique e impera un cierto conservadurismo católico que aún sin estar reñido con los deseos de cambio busca sin embargo mantener las costumbres del lugar. Luis González realiza una conmovedora exaltación de los valores del matriotismo, que enfrenta al nacionalismo o patriotismo de los dirigentes del Estado mexicano, el cual “ejerce con frecuencia acciones agresivas contra el matriotismo o conciencia de la patria chica, amor por el solar natal y anhelos de las dos mil minorías municipales” (p. 56).

La oposición entre el patriotismo autoritario ciudadano y el matriotismo rural conservador es todavía más un ingrediente de la imaginaria cultural que una contradicción del sistema político. Por supuesto que la oposición entre la vida rural y las grandes urbes se expresa de mil formas, y ejerce una poderosa influencia en los estilos de hacer política. Ello no oculta el hecho fundamental: *uno de los principales sostenes del sistema político mexicano se encuentra precisamente en la existencia de esos dos mil municipios de la franja matriótica*. El propio Luis González lo describe a su manera: “El cacique es el hombre poderoso y autocrático de una matria o terruño [...] cuenta con el apoyo de las autoridades de la nación, temerosas de la democracia. Además del cacique, los pueblos de la república tienen un gobierno municipal. La mayoría de las matrias cuenta con un grupo de municipios. Éstos, según la ley, son elegidos libremente por la mayoría ciudadana del municipio; en la realidad los designa el supremo gobierno en connivencia con el cacique de cada matria. En torno a éste pululan las fuerzas locales: los tenderos y demás riquillos, el presidente municipal, el todista, el doctor, el lambiscón y pico de oro, el chistoso, listo y el leguleyo” (p. 53).

Esta conmovedora caricatura, que nos recuerda el mundo rural de Balzac, corresponde a la realidad: pese a todas las oposiciones en diversos planos, existe una relación política estrecha entre el matriotismo municipal y el patriotismo central. De ninguna manera se trata —simplemente— de

¹⁵ Luis González, “Suave Matría”, *Nexos*, 103 (1937), pp. 51-59.

una violenta y orgullosa imposición agresiva del patriotismo autoritario sobre los torpes, ingenuos, rústicos y folklóricos matrioteros que viven agachados en sus nichos rurales. El autoritarismo mexicano, con su cauda patriótica y nacionalista, tiene profundas raíces históricas en el campo mexicano. El centralismo autoritario puede existir, en gran medida, gracias a la presencia de la franja matriótica; es más, estos dos mil municipios son, *grosso modo*, los mismos que componen lo que denominé la franja del fraude, esa inmensa zona en la que se apoya la alquimia estadística para inventar una aplastante mayoría electoral. El llamado "fraude patriótico" tiene su base natural en la franja matriótica.

Hay que hacer notar que esta situación ha comenzado a modificarse, lo cual permite explicar por qué en los últimos tiempos diversas corrientes conservadoras pretenden encontrar en la franja matriótica antidotos contra el patriotismo del gobierno central. Lo que expresa Luis González con su exaltación del matriotismo son los profundos cambios ocurridos en la provincia mexicana, y cuyo síntoma más evidente es el crecimiento y la multiplicación de nuevos centros de poder; estos centros le comienzan a disputar al gobierno central su hegemonía sobre la franja rural, en la cual se han comenzado a debilitar (o han desaparecido) los tradicionales lazos entre el cacique, su comunidad y los poderes estatales. Estas tendencias muestran algo más que las dificultades del centralismo autoritario por reproducirse. Encontramos también una seria amenaza a la cultura hegemónica nacionalista, amenaza que adopta la forma de una renovación del nunca totalmente extinguido regionalismo, y que Luis González bautiza tiernamente con el nombre de matriotismo. Este regionalismo no es el resurgimiento de antiguas tendencias centrífugas y caudillistas; es más bien un producto de la modernización de amplias zonas rurales, con su correspondiente cauda de frustraciones; el efecto de una modernización vivida por cientos de miles de mexicanos que han viajado y trabajado en los Estados Unidos; se trata de formas de nuevo conservadurismo que buscan su razón de ser más en los valores morales y religiosos de la vida y en el mundo de las ciudades chicas y de los pueblos, que en el universo de los "grandes problemas nacionales". Es un conservadurismo postmoderno, que ha perdido la fe en el progreso pero que desea la tranquilidad; es un conservadurismo que comienza a asemejarse al que emana de muchas ciudades pequeñas y de los espacios suburbanos del medio-oeste o del sur-oeste de los Estados Unidos, más que al añejo ímpetu conservador de militares como Almazán o de movimientos como el sinarquismo. La callada evolución del partido que recogió la tradición sinarquista (el Partido Demócrata Mexicano) es un síntoma de este nuevo espacio conservador: de una militancia casi-fascista ha pasado a formar lo que tal vez es la más evidente expresión política orgánica de las nuevas formas de matriotismo en muchas regiones (el Bajío, Michoacán, etcétera). El PAN, sobre todo en el norte de México, capta buena parte de este espíritu

regionalista conservador. No obstante, la franja matriótica todavía es, en grado considerable, un silencioso bastión del partido oficial y uno de los principales puntos de apoyo de las corrientes que dentro del gobierno se oponen a los tecnócratas en nombre de la política revolucionaria tradicional.

FRAUDE Y POSTMODERNIDAD

Se suele pensar que la vasta masa de mexicanos que se abstiene de votar conforma una especie de apoyo silencioso al gobierno priísta; de allí se desprendería que el fraude electoral no haría más que llenar las urnas con boletas que, si fueran realmente emitidas por los abstencionistas, de todas formas apoyarían al PRI. Este razonamiento pretende darle un viso de legitimidad al fraude electoral, bajo el supuesto de que el abstencionismo oculta en realidad fuerzas priístas.

Una encuesta realizada en 1959 por Almond y Verba¹⁶ —y cuya interpretación ha influido mucho en los medios académicos— mostró que a pesar de la gran indiferencia política, en México existía una amplia legitimidad del sistema ("*system affect*", en la terminología de los autores, p. 372). La indiferencia política alcanzaba un nivel altísimo: el 44% de la muestra declaró no tener ningún interés por la política; el porcentaje de indiferentes debe haber sido, en realidad, mucho más alto, pues la muestra excluyó a las comunidades menores de diez mil habitantes. Mas de veinte años después, otra encuesta realizada en 1982¹⁷ mostró que en las zonas rurales el 55% de los interrogados no tenía *ningún* interés por la política. Este estudio de 1982 reveló que el 70% de los encuestados en todo el país tenía poco o nulo interés en la política.

Los autores de la encuesta de 1959 encontraron en México un nivel de orgullo político nacional más alto que en Alemania y en Italia (aunque más bajo que en Estados Unidos y en Inglaterra). A pesar de la desconfianza y el rechazo de las formas concretas de la política, los mexicanos parecían identificarse con la revolución de 1910 como un símbolo de identidad nacional. En la encuesta de 1959 se observa un importante apoyo al PRI (aunque los datos son un tanto confusos y dudosos, además de que excluyen a las comunidades rurales); se observa además un escaso apoyo al PAN. Poco más de la mitad de los encuestados expresó su preferencia por el partido oficial (y sólo 7% por el PAN).¹⁸

¹⁶ *Op. cit.*

¹⁷ Alberto Hernández Medina *et al.*, *Cómo somos los mexicanos*, 385, CREA, México, 1987.

¹⁸ Cf. el interesante balance crítico de esta encuesta realizado por Ann L. Craig y Wayne Cornelius, "Political Culture in Mexico: Continuities and Revisionist Interpretations", en *The Civic Culture Revisited*, Little, Brown & Co., Boston, 1980.

En 1982 la situación, de acuerdo con la encuesta, revela una escasa simpatía por el PRI. En efecto, sólo el 19% manifestó su apoyo al partido gobernante (6% al PAN y 1.6% al PSUM). La inmensa mayoría no manifestó simpatía por ningún partido político (71.5%). Aunque la encuesta no expresa intenciones de voto, no cabe duda que las refleja indirectamente; si comparamos estos porcentajes con los resultados electorales, podremos sospechar las proporciones gigantescas del fraude; aún suponiendo que quienes no simpatizan por ningún partido político se abstienen de votar, el PRI obtiene en la muestra el 66%, el PAN el 21% y el conjunto de la izquierda el 10% (el PSUM solo 5.6%). Pero tratemos de observar más de cerca lo que ocurre en la franja potencialmente abstencionista y apartidaria, cuyo silencio parece legitimar al sistema.

La encuesta de 1982 nos permite tener una idea de las inclinaciones políticas de la silenciosa franja del fraude: paradójicamente, a pesar de constituir un sólido cimiento del poder priísta, la mayor parte de la población en este sector tiene preferencias derechistas. De acuerdo con esta encuesta, el 56% de los mexicanos se ubicó en la derecha, el 33% en el centro y el 11% en la izquierda. Como puede comprobarse, este abanico político no se refleja en las preferencias por partidos políticos (ni tampoco en los resultados electorales). Podemos suponer que ocurren dos fenómenos, no forzosamente excluyentes: a) la mayoría de quienes manifiestan inclinaciones por la derecha y por la izquierda se abstiene de votar; b) una porción significativa de quienes se definen como derechistas o izquierdistas vota por el PRI. Hay razones para suponer que es el primer caso el que predomina claramente. La encuesta de 1982 nos proporciona indirectamente la posibilidad de aclarar este problema. Para ello he construido el siguiente cuadro, en el que se comparan las preferencias partidarias con los inclinaciones políticas y con los resultados electorales (he supuesto que el PAN y el PDM son la derecha, el PRI y el PARM el centro y el PSUM junto con todos los demás conforman la izquierda).

	<i>a</i>		<i>b</i>		<i>c</i>	<i>d</i>
	<i>Inclinación política</i>	%	<i>Preferencia Partidaria</i>	%	<i>Elecciones 1982</i>	<i>Índice de captación (b/a×100)</i>
					%	
Izquierda	206	11	53	10	10	26
Centro	604	33	352	67	70	58
Derecha	1 027	56	117	23	20	11
TOTAL	1 837	100	522	100	100	28

Este cuadro nos da algunos indicadores sobre la relación entre los partidos y su espacio electoral potencial. El PRI y el PARM reciben la simpatía de un conjunto de ciudadanos equivalente al 58% de quienes se consideran de centro. Por supuesto, esto no quiere decir que *todos* los que simpatizan con el PRI se definen como centristas, aunque podemos sopear una fuerte asociación entre ambas expresiones políticas. Este tipo de asociación debe ser más fuerte aún en la izquierda, donde sin embargo vemos que los partidos que se definen como tales captan la simpatía de un equivalente a poco más de la cuarta parte de quienes se consideran de izquierda. En la derecha, la captación del PAN y del PDM de la simpatía potencial es aún más baja que en la izquierda: apenas el equivalente a 11% de los derechistas simpatiza con los partidos que suelen definirse como tales (aunque dichos partidos rechazan esa definición).

Los datos de este cuadro denotan la existencia de extrañas paradojas; es decir, la presencia de una peculiar fragmentación política en varios planos. Tal vez lo más extraño es la gran diferencia entre el abanico de inclinaciones políticas y la distribución de las preferencias partidarias, de manera que el partido oficial, en un contexto marcadamente derechista, logra un apoyo más amplio que el espacio centrista potencial que supuestamente ocupa. Ello puede ocurrir debido a que más del 70% no tiene preferencia por ningún partido. El segundo hecho extraño que podemos destacar es la gran similitud entre las preferencias partidarias de los encuestados y los resultados electorales del mismo año. Si la muestra es representativa —y todo indica que lo es— pareciera que quienes no manifiestan preferencia partidaria votaron en proporciones muy similares a quienes sí manifestaron alguna simpatía partidaria, lo cual no es muy probable si tomamos en cuenta la distribución de las simpatías políticas. Las explicaciones a estas paradojas se pueden ubicar en cuatro hechos que conviene destacar:

1. El PRI es la corriente que muestra una mayor eficiencia en captar el apoyo de su espacio político (58%), con lo que se hace evidente el enorme poder organizativo del partido gobernante.
2. La masa abstencionista es principalmente de derecha. La idea de que la vasta masa de mexicanos que no vota conforma un apoyo silencioso al gobierno priísta no tiene fundamento.
3. El PRI atrae a un porcentaje importante del electorado derechista, de mexicanos que creen (y no les faltan razones) que el partido oficial es la mejor opción conservadora.
4. El elevado porcentaje electoral asignado al PRI no se explica totalmente por los hechos anteriores: es necesario reconocer un ingrediente fraudulento muy importante en el conteo de los votos.

Las paradojas adquieren una tonalidad trágica si observamos la campaña política del candidato oficial: aparece ferozmente trezado en una lucha nacionalista y revolucionaria contra la derecha, aunque lo acom-

paña un aura tecnocrática *made in USA* que podría complacer a muchos conservadores. Esta sola paradoja podría ser el síntoma estoico de un grupo hegemónico que no tiene intenciones de respetar el voto: prefiere mantener los mitos revolucionarios a arriesgarse en una campaña por configurar un espacio electoral propio acotado limpiamente por medio de un franco desplazamiento a la derecha de su discurso.

La élite política mexicana tiene un comportamiento postmoderno: ha optado por el pastiche y el simulacro; hay una entrega total a las apariencias y a las superficies. No se acepta la alternativa democrática. No se admite la existencia de un problema electoral de fondo: lo importante es que la sociedad mexicana crea que las elecciones son limpias, no que lo sean realmente. Para lograr esto ya no se acude a la restauración de las cadenas rotas de los significados y los significantes, ni al modelo existencial de la autenticidad o falta de autenticidad. La profundidad es sustituida por la superficie, como dice Jameson, o por superficies múltiples.¹⁹ Y allí, en las apariencias multidimensionales debe reinar el criterio de la eficiencia como forma de legitimidad.

Como todo esto implica el abandono de las ideas clásicas sobre la representación política, es comprensible que nos preocupe el futuro de la democracia en México. En los Estados Unidos las tendencias políticas postmodernas han significado un retroceso de las normas típicas del Estado moderno, sustentadas en los mecanismos representativos que conectan a la masa de ciudadanos con los aparatos de gobierno. Cada vez se expanden más, en los Estados Unidos, las negociaciones multilaterales con los monopolios, los diversos grupos de presión y los segmentos técnicos, a fin de establecer formas de representación que ya no se basan en la masa de individuos libres e iguales y que configuran lo que los clásicos definieron como sociedad civil. Los partidos políticos se debilitan, y pasa a primer plano la lucha entre personalidades en un contexto en el que los medios de comunicación masiva y los medios financieros con que cuenta cada político tienden a sustituir a la sociedad en la selección de alternativas. Las nuevas tendencias han sido calificadas por Humberto Eco como neo-medievales (no es por azar que su novela *El nombre de la rosa* fuera un *best-seller* en los Estados Unidos). Pero se trataría de una nueva Edad Media eficiente y tecnocrática, tal como lo han descrito Bell, Galbraith o Habermas, inmersa en una sociedad parroquial y hedonista que desprecia la política o le es indiferente.

¿Es posible que en México tenga éxito esta tendencia política que poco a poco sustituye las formas democráticas clásicas por una pluralidad de tecnoestructuras que rebasan los marcos ciudadanos (y nacionales) de control político? ¿Es posible que, antes de que logremos llegar a la democracia, debamos sufrir un régimen postdemocrático?

¹⁹ "El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío", *Casa de las Américas*, 1986, pp. 155-156.

Esto parece ser la intención de la corriente política encabezada por Salinas de Gortari. Tenemos fuertes razones para sospechar que la combinación de la anunciada "política moderna" con la temida imposición electoral fraudulenta podría crear un efecto postmodernista (o desmother-nista); es decir, terminar con la obsesión por la innovación y la revolución, para abrir paso a aquello usualmente rechazado por la modernización: lo parroquial, lo tradicional y lo ornamental, como característica de una cultura política no democrática que toleraría un autoritarismo blando, siempre y cuando no se cerrasen los canales de negociación y de concertación, y México se integrase mucho más al área de consumo e inversión dominado por la economía estadounidense.

La pregunta que hago es la siguiente: ¿están el PRI y el sistema en condiciones de recoger el apoyo silencioso de la enorme franja conservadora que se ha expandido en la sociedad mexicana, para encabezar una alternativa al mismo tiempo transnacionalizante y parroquial? Tengo fuertes sospechas de que ello será muy difícil, y en caso de ocurrir es probable que se trate de una alternativa poco durable e inestable. Es cierto que la franja conservadora coincide en muchos puntos con lo que yo llamaría la franja del fraude: es decir, esas zonas rurales o semi-urbanas en donde la oposición no puede meter ni la nariz, selva a través de la iglesia, los clubes de leones o los grupos semi-clandestinos de izquierda radical. Pero me parece que esa franja —que también coincide hasta cierto punto con los dos mil municipios rurales del matriotismo a los que se refiere Luis González— está comenzando a movilizarse en un sentido que no precisamente coincide con la política oficial. Una parte de esa franja rural vive la postmodernidad con más intensidad que la mayoría de los tecnócratas del PRI.

La parte urbana de la franja conservadora está adoptando, día con día, posiciones cada vez más derechistas, y su tolerancia hacia la corrupción del gobierno está disminuyendo rápidamente. A esto se agrega el hecho de que la izquierda ha recibido, no sin resquemores, la inyección de fuerzas provenientes del PRI encabezadas por Cuauhtémoc Cárdenas. No es posible saber el grado en que esta división afectará al PRI, pero sin duda será en una proporción importante.

Si continúan las tendencias actuales, la cúpula priísta podría verse reducida a una alianza inestable entre la tecnocracia gubernamental y la burocracia sindical, con apoyos decrecientes de los sectores campesinos, de capas medias y de empresarios. No sería una fuerza política desdeñable, pero sería pequeña en relación con el enorme conglomerado de poder que ha significado el PRI durante decenios.

Por estas, y muchas otras razones, la posibilidad de transitar por la modernidad sin pasar por la democracia podría ser una apuesta perdida por el sistema mexicano. Los vientos postmodernos han legado para crear un clima de crisis y de frustración.

LA NUEVA DERECHA

La cultura política mexicana se encuentra en una situación crítica: está atravesada por una profunda fractura que separa al nacionalismo revolucionario de una masa de expresiones conservadoras. En cierto sentido, esta escisión existe desde hace muchos años, y es la que ha separado a las tradiciones católicas guadalupanas de la institucionalidad revolucionaria. Sin embargo, desde fines del período cardenista se había establecido un acuerdo para restañar las heridas que las luchas cristeras y sinarquistas habían provocado en el embrionario sistema de poder político postrevolucionario.

Pero hoy en día, después de casi medio siglo de estabilidad, se observa que la herida no está cicatrizada, y que han surgido nuevas tensiones que se manifiestan —junto con muchos otros signos— en el crecimiento de una nueva forma de oposición de derecha, con frecuencia denominada “neopanismo”.

Vale la pena echar una ojeada al problema. Si comparamos los principios doctrinarios del PAN con su actual plataforma programática tendremos una idea concreta de las nuevas tensiones a las que me refiero.

Hay una contradicción, o al menos una gran diferencia, entre los principios doctrinarios del PAN y su plataforma programática. La doctrina, cuyo origen se encuentra en el humanismo cristiano, plantea esencialmente reordenar o redistribuir el poder político, en función de unos cuantos supuestos básicos sobre la dignidad de la persona humana, el bien común y la familia. De allí se desprende que la iniciativa privada es la más viva fuente de mejoramiento social, que las funciones políticas deben jerarquizarse de acuerdo con el bien común y que la familia debe tener la preeminencia natural sobre todas las demás formas sociales.

Los principios doctrinarios del PAN no olvidan la democracia, pero le colocan varios adjetivos: federal, auténtica, etcétera. Se hace un gran énfasis en los mecanismos que distribuyen y ordenan el poder, en detrimento de la importancia de los principios de representación. Lo esencial es el orden; y si hay miseria, ignorancia e injusticia, ello se debe al desorden imperante. Bastará entronizar un “orden justo” para que se inicie una nueva etapa de felicidad. Es curioso que en los principios doctrinarios del PAN, aprobados en 1939, haya dos grandes lagunas: la Iglesia católica y el nacionalismo. Estas lagunas sin duda no se deben a que los panistas hayan carecido de opinión sobre estos dos temas fundamentales. Han emitido en repetidas ocasiones su posición al respecto: no son un partido católico y sí un partido patriótico. Pero las dudas al respecto no han dejado de rodear al panismo. Los principios doctrinarios son la expresión de la derecha conservadora que aceptó limitarse a ser un grupo de presión vigilante relativamente marginal.

En cambio, la plataforma programática del PAN —del neopanismo, se podría decir— tiene un carácter completamente diferente. El eje del discurso programático lo forman la democracia y el cambio estructural. Es evidente la liberalización del programa panista desde 1969. Una buena parte de los planteamientos procede directamente de las necesidades de cambio del propio sistema dominante; también es apreciable la influencia de las tradicionales demandas de la izquierda, que desde el movimiento de 1968 expandieron su influencia en la sociedad mexicana. El viejo solidarismo sobrevive dificultosamente; ahora se habla más bien de bien común nacional.

Esta nueva actitud del PAN expresa un cambio en la cultura política de la derecha. Ahora hay una tendencia agresiva que renuncia al viejo solidarismo doctrinario, que condenaba a la derecha a formar quistes de anticomunismo y de vigilantismo en la sociedad civil, con el objeto de presionar al gobierno para evitar desviaciones de izquierda. Las nuevas tendencias se expresan en la presencia de una iglesia menos cesarista, que se ha cansado de las viejas reglas establecidas por Cárdenas y Ávila Camacho. A esta iglesia menos cesarista corresponde una burguesía menos bonapartista que —sobre todo después de la nacionalización de la banca— comienza a desconfiar del autoritarismo priísta. A esto se agregan los malos humores de una extensa clase media que ya probó las mieles de la modernidad, gracias a los “populismos” de los años setenta y a la bonanza petrolera, pero que ahora está sometida a un régimen de austeridad insoportable.

Estos cambios se han manifestado en una creciente derechización de la burocracia gobernante. Pero en el PAN han provocado un curioso efecto de expansión, que se resume en el hecho de que este partido está dejando de ser un partido de derecha —para usar la terminología tradicional— para convertirse paulatinamente en un partido de centro-derecha; es decir, en una corriente portadora de valores democrático-liberales.

Cambios significativos están ocurriendo también en la extrema derecha, que está intentando con cierto éxito construir un poderoso partido de masas. Nadie se extraña de que el PRI-gobierno sea un aparato de masas. Los partidarios socialistas y comunistas son (en algunos casos) o pretenden ser (la mayor parte de las veces) partidos de masas. Pero que un partido de derecha como el PDM sea un partido de masas, eso parece irritar a muchos. ¿Cómo es posible? La explicación más fácil hace referencia a las masas de campesinos fanáticos, y a las potencialidades fascistas alojadas en el corazón pequeñoburgués de los hombres del campo. Pero hoy en día ésta parece una explicación insuficiente.

No hay una relación mecánica entre la orientación clasista de un partido y la composición de su base social. Si la hubiera, hablar de partidos liberal-burgueses sería un contrasentido. Pero la historia demuestra su existencia. De hecho, esencialmente, todo partido político tiene un

carácter pluriclasista, lo confiese o no. Otro problema es la determinación del “motor” o “elemento dinamizador” de un partido. Es preciso aquí también distinguir entre la caracterización ideológica del programa político y la presencia de una franja social activa que dinamiza la vida del partido.

El “resurgimiento” del sinarquismo en un partido moderno dotado de una poderosa organización interna no es un resabio de un pasado lejano, no surge por inercia, después de que la apertura democrática primero y las nuevas leyes electorales después, permitieron que aflorasen fuerzas sociales mantenidas en la ilegalidad. El hecho es que, además de ello, el sinarquismo de los setenta y de los ochenta se revela como una fuerza creciente, no como un resabio. ¿Por qué?

En la provincia —no sólo en el Bajío— y en las zonas rurales o semi-rurales han ocurrido fenómenos semejantes a los que provocaron la expansión de las clases medias urbanas. El proceso es semejante sólo desde el punto de vista socio-económico: desarrollo de nuevas capas privilegiadas, enriquecimiento de sectores del campesinado, expansión de la pequeña burguesía comercial y artesanal (o de pequeñas industrias). Pero políticamente este proceso es diferente al de las ciudades. Tiende a producirse un rompimiento de los cacicazgos priístas tradicionales, basados en la manipulación de comisariados ejidales, etcétera, y se expanden formas de vida metropolitanas. Es muy fuerte la influencia, en este proceso de expansión de sectores medios y acomodados, de la gran cantidad de mexicanos que han vivido en los Estados Unidos. Influencia no sólo económica (acumulación de pequeños capitales): el contacto con la vida estadounidense tiene una gran influencia política. El resultado es que se están disolviendo las viejas estructuras políticas, al mismo tiempo que se sufre con intensidad la crisis económica. La cantidad de resentimiento que esto genera es muy grande, y permite explicar el crecimiento de alternativas de oposición. Este fenómeno se encuentra estrechamente relacionado con las peculiaridades de la franja conservadora del matriotismo que comenté previamente.

EL FIN DE LA GESTICULACIÓN NACIONALISTA

No quiero dejar la impresión de que la crisis de la cultura política mexicana es simplemente la expresión del enfrentamiento creciente entre el patriotismo institucional y el matriotismo conservador. La cultura nacionalista hegemónica no se enfrenta solamente al reto de “modernizarse” o “refuncionalizarse” para contrarrestar con eficiencia las presiones de una sociedad civil derechizada. Nos debemos preguntar si acaso no han ocurrido cambios significativos en el propio espacio cultural del nacionalismo revolucionario; me refiero a cambios que puedan obstaculizar su reproduc-

ción como cemento ideológico y, sobre todo, cultural del sistema. Si ello es así, no nos enfrentamos a una situación de "atraso" de las expresiones nacionalistas, que podría superarse finalmente mediante una modernización y adaptación a las nuevas necesidades. Hay, más bien, una contradicción creciente entre nacionalismo y cultura nacional.

Antes que nada quiero subrayar un hecho que me parece importante: la nueva derecha mexicana es hija del nacionalismo revolucionario. Que los humores conservadores adquieran cada día más claramente una orientación antigubernamental, no debe evitar que nos percatemos de que es precisamente la modernización traída por el nacionalismo hegemónico la que ha auspiciado al nuevo conservadurismo. Creo que éste es un típico efecto postmoderno: es decir, una pérdida de sentido de la sociedad moderna por exceso de modernidad; una verdadera implosión de significados que abre paso a la fragmentación cultural y ensancha los espacios de la frustración y de la nostalgia. Así, la coyuntura crítica de la cultura política nacionalista en su enfrentamiento con una expansiva cultura de derecha es el resultado de una situación interna: es el producto de la propia evolución de una cultura política dominada por los sentimientos y las ideas nacionalistas. La expansión de las actitudes conservadoras y derechistas es un fenómeno transicional que tiene una estrecha relación con la crisis del nacionalismo. Si se llega a una ruptura del monopolio autoritario ejercido por el prisma nacionalista, sin duda se abrirán enormemente los espacios de izquierda; un síntoma de esto último es la reciente separación del ala izquierda del partido oficial.

En nombre del nacionalismo fue promovida la industrialización capitalista; fue el gobierno postrevolucionario el que auspició la urbanización; la unidad nacional fue el vehículo de la transnacionalización; el Estado nacional estableció los canales de secularización política y de expansión de las emisiones radiofónicas y televisivas. En nombre del nacionalismo revolucionario se aplastaron organizaciones obreras y movimientos campesinos independientes, para ensanchar los espacios de la libre empresa y del estatismo autoritario. El nacionalismo trajo la modernidad, y con ello los nuevos aires que han modificado las fronteras de la cultura nacional. Este cambio en los límites de la cultura nacional —junto con las fracturas que se han ensanchado— es lo que ocasiona la crisis del nacionalismo revolucionario. El nacionalismo no sólo está dejando de ser un medio de dominación eficaz; ha alcanzado tal nivel de incongruencia interna que se dificulta su reproducción como cultura de la clase hegemónica. El nacionalismo pierde eficacia como legitimador de la hegemonía priísta y como unificador de la clase dominante. En otras palabras, el nacionalismo oficial pierde credibilidad ante las masas y pierde coherencia como ideología y cultura del grupo gobernante.

La modernidad —era inevitable— vino de la mano de una cultura transnacional de masas impregnada con un especialmente fuerte ingrediente

anglosajón. Cine hollywoodense, rock, series de televisión y miles de artículos de consumo modelados de acuerdo con los gustos "internacionales" invadieron el territorio mexicano y poblaron las conciencias de fantasías y frustraciones de nuevo tipo. Como consecuencia, los espacios específicamente nacionales quedaron desplazados de sus lugares originales: el interlocutor popular tradicional de la política nacionalista cambió de ubicación; desde la perspectiva de la sociedad de masas, el discurso oficial aparece cada vez más como en una muda gesticulación nacionalista cuyos signos son cada vez menos comprendidos y cada vez se convierten más en objeto de burla. De manera especial, la cultura política mexicana cada vez soporta menos las expresiones de estatolatría que caracterizan al nacionalismo mexicano.

Así pues, la gesticulación nacionalista toca a su fin. Los gestos dramáticos que evocaban gestas revolucionarias se van convirtiendo en muecas tragicómicas que apenas ocultan el trasfondo de un Estado autoritario. El nacionalismo oficial construyó un puente entre el nuevo Estado y la nación con los ladrillos del despotismo populista y obrerista. Bajo el puente quedaron ocultos los frustrados apetitos democráticos de una masa popular convertida en espectadora del gran teatro de la unidad política nacional. Durante los últimos años, sin embargo, estos espectadores-participantes han comenzado a sacudir los pilares del puente nacionalista. Desde 1968 podemos observar los primeros síntomas de la quiebra de la estatolatría instituida por los gobiernos que surgieron de y se inspiraron en la Revolución mexicana. Me refiero al concepto gramsciano de estatolatría, que define una situación en la que el Estado se identifica con los individuos como elemento de cultura activa para crear una nueva civilización, un nuevo tipo de hombre y de ciudadano. A Gramsci le parecía necesario un período de estatolatría en aquellas sociedades que antes de alcanzar una vida estatal autónoma no pasaron por una larga etapa de desarrollo cultural propio e independiente: en estas situaciones la estatolatría es la forma normal de hacer política y se constituye en una iniciación a la vida estatal autónoma y a la creación de una sociedad civil que no fue posible crear antes de llegar a la vida estatal independiente. En México el problema radica en que el período de estatolatría se ha institucionalizado y ha adquirido una forma nacionalista: el culto al Estado se ha desarrollado en una complejísima red de mediaciones, a tal punto omnímoda que ha sustituido con alto grado de perfección las funciones de una sociedad civil democrática. La mexicana no es una sociedad civil gelatinosa e informe; su sólida institucionalidad tiene profundas raíces históricas y populares, pero carece totalmente de esa "espontaneidad" que debería proporcionarle su carácter democrático. En México se ha materializado el peligro que señalaba Gramsci: la estatolatría se ha convertido en fanatismo teórico y se concibe como perpetua.²⁰

²⁰ Cf. A. Gramsci, *Antología*, Siglo XXI ed., p. 315.

Es conveniente recordar que entiendo al nacionalismo como un cuerpo de teoría política que expresa la vocación de hegemonía de la clase dominante bajo la forma de una alianza multclasista fundada en la supuesta originalidad, reconstruida subjetivamente, de las peculiaridades nacionales y su identidad con el carácter del Estado. Es muy importante subrayar la diferencia entre nacionalismo y cultura nacional. Para no seguir en el terreno de las definiciones, sino simplemente para marcar las distancias, diría que una cosa es ser nacionalista y otra cosa es ser mexicano. En el primer caso nos topamos con la manifestación cultural e ideológica de una orientación política; en el segundo caso estamos frente a un hecho de ciudadanía, que debería inscribirse en un proceso democrático.²¹

Es claro, pues, que el nacionalismo no es un fenómeno permanente en la sociedad; aparece, bajo muy diversas formas, sólo en determinadas condiciones históricas. En México la especificidad de la política nacionalista, con su abigarrada base socio-cultural, ha resultado en una democracia dosificada con tacañería para no indigestar a nuestro original subdesarrollo, en un obrerismo de charros protegidos por la sombra del Estado, en una destrucción de las culturas indígenas justificada como sacrificio que alienta la vida de la tricultura tricolor oficial estatizada, en una vida intelectual que para ser "cult" se ve obligada a mendigar el favor de los poderosos.

En México resulta especialmente difícil y complejo diferenciar dos fenómenos como la cultura nacional y el nacionalismo. Y sin embargo se trata —insisto— de dos procesos que conviene distinguir lo más claramente posible, pues en pocos países se ha producido la peculiar concatenación de situaciones históricas que nos ha llevado a una enorme confusión entre la gestación del espacio nacional y la dominación poderosamente legitimada de una corriente política nacionalista que cristaliza en los intereses del Estado capitalista moderno.

Es importante precisar la diferencia entre nacionalismo y cultura nacional, sobre todo si queremos comprender la situación crítica por la que atraviesa el sistema político mexicano. Estamos presenciando no sólo una inadecuación entre el nacionalismo y la sociedad moderna que el propio Estado nacional ha contribuido a engendrar. Vemos también una contradicción entre el nacionalismo y la cultura nacional de la que forma parte: una cultura nacional cuya evolución reciente rechaza cada vez más los ingredientes estatólatras y autoritarios tradicionales del nacionalismo.

²¹ Véase sobre estos temas, C. Monsiváis, "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano", *Nexos*, 109, 1987, pp. 13-22.

LA DEMOCRACIA, LA DESTERRITORIALIZACIÓN Y EL ESTADO BRONCO

El Estado postrevolucionario logró la unidad nacional en el terreno de la estructura política; pero la unidad no se impuso totalmente en el espacio de la cultura política, a pesar de los esfuerzos por confundir nacionalismo y cultura nacional. Podemos reconocer dos tendencias que han frenado la unificación cultural: primeramente, la ya mencionada transnacionalización y la expansión de la cultura de masas. En segundo lugar, pero igualmente importante, en México nos encontramos con una cultura política múltiple y heterogénea, cuyas raíces se encuentran no sólo en el largo proceso de sincretismos y mestizajes, sino también en la antigua coexistencia de tradiciones políticas de muy diversa orientación. La transnacionalización cultural no ha cambiado este último fenómeno: por el contrario, ha ampliado el ya de por sí rico abanico de alternativas culturales, al agregarle elementos procedentes de la "aldea global" anglosajona. El resultado es que en México nos encontramos con una cultura fragmentada típicamente postmoderna, alojada en un contexto socioeconómico relativamente atrasado en el que se antoja a veces reconocer elementos premodernos.

La situación crítica del nacionalismo no sólo radica en que no ha logrado la unificación de la cultura política, sino en que, al haberse constituido en el símbolo del autoritarismo, se enfrenta a la creciente democratización de la sociedad civil. Las ideas democratizadoras se han canalizado a través de las dos tendencias que acabo de mencionar: la cultura transnacional de masas y la evolución de la multiplicidad cultural mexicana.

Examinemos brevemente algunos problemas referentes a la cultura de masas, que ha sido tradicionalmente acusada por los nacionalistas no sólo de ser una amenaza a la unidad nacional, sino de ser portadora de tendencias imperialistas antidemocráticas. También ha irritado a las élites culturales, que la consideran como una degeneración y una expresión baja y vulgar de los elevados valores espirituales. Frente a la transnacionalización, la unidad nacional supuestamente se basaba en las "auténticas" tradiciones culturales. La tragedia del nacionalismo mexicano, como he señalado, se encuentra en que el Estado nacional se ha convertido en el principal vehículo de la cultura de masas, al formar el mejor cauce institucional para la modernización capitalista. Por lo demás, la "autenticidad" de la cultura defendida explícitamente por el nacionalismo es tan dudosa o tan válida como las expresiones de la nueva sociedad de masas urbanas, migrantes e intensamente proletarizadas.

Jean Franco ha señalado con razón que la cultura de masas —tanto en el "centro" como en la "periferia"— no puede ser vista de una forma unilateral como un proceso de uniformación y adaptación de las conciencias individuales a las necesidades de la sociedad industrial capitalista.

Ella afirma que en América Latina “la ‘transnacionalización’ de la cultura puede ser considerada desde varios puntos de vista, no sólo como un absoluto desastre. Esto es cierto sobre todo para aquellas áreas y grupos que estaban en posición desventajosa cuando la cultura se articulaba alrededor de la nacionalidad y la identidad nacional. Las mujeres y las etnias, marginadas y sometidas por el nacionalismo, pueden establecer ahora redes de alianzas por encima de las fronteras nacionales”.²² Habría que agregar que en México no sólo las etnias indígenas y las mujeres son tratadas en forma paternalista por el Estado nacional autoritario; de hecho, grandes sectores de la población se encuentran atrapados en el peculiar corporativismo paternalista del sistema. Los mensajes de la cultura transnacional pueden ser leídos de muchas maneras; aunque en una gran proporción la lectura sugerida por sus productores busca expandir influencias típicamente etnocentristas, colonialistas e imperialistas, la interacción cultural ha producido en realidad una gran variedad de efectos, incluyendo entre ellos nuevas formas de radicalidad y de lucha democrática contra el poder establecido y la opresión.²³ El hecho de que muchas de estas nuevas formas culturales hayan oscilado hacia la derecha del espectro político se debe en buena medida a que la izquierda ha practicado un antiimperialismo barato que la ha aislado de importantes encrucijadas de la cultura contemporánea. Lo interesante de esto es que estas influencias de la cultura transnacional en el espacio de la derecha han iniciado una democratización y una liberalización de las ideas conservadoras. La arcaica mojigatería católica hispanizante que caracterizaba a un gran sector de la derecha ha tenido que ceder ante la influencia de estilos de vida profundamente sexualizados, henchidos de una imaginería ultramoderna e impregnados de un pragmatismo tolerante. Se produce un fenómeno curioso: lo que a los ojos de la izquierda es un odioso proceso desnacionalizador, en la cultura conservadora genera un efecto de liberalización. Para decirlo de otra forma: el sincretismo del *american way of life* y las tradiciones guadalupanas produce la implosión de significados que está minando a la derecha tradicionalista. El resultado no es sólo una nueva derecha, sino la expansión de una sociedad civil más crítica y menos manipulable.

Esta paradójica situación ha fomentado la crisis del nacionalismo y la ampliación de las expectativas democráticas en la sociedad mexicana. Sin embargo, han aparecido fisuras inquietantes a las que quiero referirme brevemente, antes de finalizar. Es evidente que los mecanismos políticos de representación democrática, entre otros muchos requisitos, necesitan de la **delimitación** precisa de un territorio, cuyos habitantes están dotados del derecho de voto. La definición de estos linderos es fundamental en todos sus niveles: local, regional y nacional. Y es tan importante que su mani-

²² “Recibir a los bárbaros”. *Nexos*, 115, 1907, pp. 53-59.

²³ Véase un buen ejemplo en el ensayo de Guillermo Gómez-Peña, “Wacha esa border, son”, *La Jornada Semanal*, 25 octubre 1987.

pulación (con el fin de dividir conglomerados de votantes con el mismo signo político) ha sido uno de los instrumentos más utilizados, en muchos países, para dificultar el acceso al poder a los partidos de oposición.

Es claro, por lo tanto, que todo proceso de desterritorialización puede amenazar el funcionamiento de la democracia representativa. El ejemplo más obvio son los migrantes: millones de personas en el mundo no pueden ejercer plenamente sus derechos democráticos ni en sus países de origen ni en los países donde residen. Otro caso obvio resulta del tipo de situaciones creadas por las grandes empresas transnacionales: cualquier decisión política sobre ellas tiene dificultades para encontrar una base electoral, pues el objeto mismo sobre el que se debe decidir carece de una base territorial precisa.

En este sentido, la existencia de territorios que delimiten y encaucen los procesos de representación es un aspecto esencial de la democracia. Se podría pensar que la crisis del nacionalismo debilita la autodeterminación y la soberanía, en la medida en que se podrían desdibujar las fronteras nacionales que separan a México de los Estados Unidos. Pero este argumento se basa en el falso presupuesto de que es el nacionalismo el que dibuja las fronteras de México. Pero ha sido precisamente esta identificación entre nacionalismo y nación uno de los factores que ha bloqueado la expansión de un sistema democrático en México. Y nos podemos preguntar: ¿hasta qué punto puede mantenerse una diferenciación nacional basada en la ausencia de democracia? El nacionalismo se ha convertido en el símbolo de un régimen político autoritario que no ha logrado establecer una economía sólida ni ha evitado su transnacionalización. Hoy, a pesar del nacionalismo revolucionario, millones de mexicanos viven en los Estados Unidos no sólo al margen de la democracia, sino fuera de la ley. Y muchos millones más en México se encuentran en una situación similar: su voto es manipulado por el sistema autoritario. Además, viven en una economía en crisis contra la cual las urnas poco pueden hacer; los procesos inflacionarios, o aquellos ligados a la deuda exterior, están cada vez menos ubicados en el territorio de las decisiones políticas nacionales.

El tradicional nacionalismo revolucionario no puede ofrecer una solución a la crisis. El discurso revolucionario está muy desgastado, y hoy podemos ver que el mecanismo ideológico-cultural que identifica al PRI con la nación no radica en su carácter "revolucionario". Por el contrario, se presenta como el único partido que puede contener a la revolución, al desorden, al caos. La revolución es de su propiedad, la tiene encerrada en su caja de Pandora y parece decirle a la población (y al gobierno de los Estados Unidos): "Si me apoyan, mantendré cerrada la caja". Lo que legitima al PRI es el miedo a la revolución. Por ello, una oposición "revolucionaria" está destinada a la marginalidad electoral. El PRI ofrece tranquilidad, no revolución. El PRI es la revolución domesticada, es decir, institucionalizada. En su nombre expresa el secreto de su legitimidad.

Por ello, una de las pocas cosas que todavía puede mostrar con dudoso orgullo es el inquietante hecho de que se ha mantenido la tranquilidad social durante el período de terrible crisis económica que se inició en 1982. Pero cada día hay más mexicanos que sospechamos que la tranquilidad se debe más a la presencia de amplias tendencias tolerantes y democráticas en la sociedad civil, que a la hegemonía del nacionalismo revolucionario. Se extiende la sospecha de que las fuerzas del "México bronco" se encuentran más bien en el Estado que en la sociedad.